

—¡Por Dios!

—¿Qué hará María ahora?

Eso es exactamente lo que dijo Hiram: «¡Qué hará María ahora!. No es como si tuviera familiares, y ahora que la casa está quemada y Hannah está como está, a María le resultará difícil seguir sola y pensar por sí misma.»

—No se salvó nada, supongo.

—Menos que nada; una tina de lavar, creo, y el viejo caballo gris que estaba pastando, eso es todo; sin embargo, oí algo acerca de que los hombres habían salvado un sofá de tela azul; fue lo único que pudieron sacar de la casa antes de que se cayera el techo. Hacía calor y la vieja casa ardía como yesca; Hannah estaba tan asustada que parecía aturdida, y esta mañana la señorita Fife, la que se casó con Ben Fife en la granja Edge, al pie de la colina, las recogió y las cuidó; y cuando Lucindy Fife fue a llamarlas para desayunar a las cinco en punto, allí estaba María llorando como un bebé, y Hannah acostada, como una estatua, con los ojos muy abiertos; debió haber sufrido un susto terrible durante la noche.

—¡Por el amor de Dios! —dijo la otra mujer de nuevo.

—Sí, y la señorita Fife intentó que María comiera algo, pero ella no quiso probar bocado; se quedó sentada y lloró. Ahora está como un bebé.

—Creo que iré a casa de la señorita Fife. Es muy probable que vaya mucha gente y me gustaría oírlo todo de primera mano.

—Creo que tienes razón. Me apresuraré a preparar estas rosquillas y estaré listo en un santiamén; es un paseo bastante solitario hasta allí.

El viudo Luke le dio la vuelta a una rosquilla, la grasa chisporroteó y Jane Peebles dijo:

—¿Has oído qué sofá era el que guardaron?

—No sé exactamente cuál era. La señorita Culver dijo que era el de tela azul, pero no lo recuerdo porque no tenían un sofá azul. Hannah nunca volvió a ser la misma conmigo después de que tuvimos esa pelea por la mermelada de frambuesa que ella y yo hicimos para la venta de la iglesia; pero no voy a sacarle eso a colación ahora que

está en problemas. Iré allí de todos modos.

—Supongo que el sofá debía ser nuevo, o no habrían tenido tanto interés en salvarlo.

—Creo que sí. ¡Parece que estas rosquillas nunca se dorarán! Siempre pasa así cuando tienes prisa.

—Debería preguntarle a María sobre ese sofá —dijo Jane—; es probable que diga todo lo que sabe cuando se acostumbre a la situación. Siempre pensé que María era mucho más agradable de lo que parecía. Fue en una reunión de costura cuando estuvo a punto de hablarme sobre ese sofá, pero cuando Hannah entró, María cerró la boca. Fue curioso cómo se entregó a Hannah. ¿Alguna vez pensaste que Hannah estaba mal de la cabeza? —añadió Jane, en un tono bajo y misterioso.

—¿Hannah? ¿Loca? En absoluto, Jane Peebles.

Los ojos de Widder Luke relampaguearon cuando levantó la olla de grasa caliente. Jane no se atrevió a replicar.

Poco después de las doce, ella y Jane Peebles caminaban por el sendero hacia la casa de los Fife; sus vestidos tenían un aire de domingo, pero sus rostros tenían una decisión de lunes. En los pueblos de montaña los informes los hacen sobre todo voluntarios, y hay que «levantarse con buen ánimo para recibir las primeras noticias.

Widder Luke llevaba un plato de rosquillas como tributo vecinal a la ocasión.

En The Corners las mujeres se detuvieron un momento; desde donde estaban podían ver el esqueleto negro del granero quemado recortado contra el cielo, más allá de Huckleberry Hill.

En ese momento llegó Briggs en su carro con dos mujeres desconocidas en el asiento trasero. Tomaron el camino de la derecha que conducía a la antigua casa de las Keys y, al pasar, el señor Briggs tiró de las riendas.

—¿No quieren subir y cabalgar colina arriba?

Widder Luke y la señorita Peebles dudaron decorosamente un momento, luego se subieron y se sentaron a cada lado del señor Briggs, que se acomodó tranquilamente entre las dos mujeres con familiaridad vecinal. Luego, señalando hacia atrás con la culata de su látigo, presentó a sus pasajeros, dijo:

—Estas señoras se sintieron bastante decepcionadas al encontrar la casa de los Keys quemada. Son de... ¿De dónde dijo que venía?

—Venimos de los Adirondacks —dijo Rita—. Queríamos visitar a la señorita Hannah y a Maria y, si era posible, conseguir un boceto de la casa para pintar un cuadro de ella.

—¡No me diga!

—Bueno, lo afirmo, ¡es una pena! —dijo el viudo Luke—. Pero hay casas más antiguas que la que podrías pintar; está la casa de Fife, donde se están quedando ahora; es igual de vieja y está más destartada, si es eso lo que quieres. Leí un artículo en el Greentown Gazette sobre los artistas; decía que siempre elegían las casas más feas para pintar.

—¿Conocías muy bien la casa de las Keys? ¿Puedes decirnos cómo se construyeron las habitaciones?

—¡Claro! —dijo el señor Briggs—. He estado allí cien veces.

Rita y Nan se inclinaron hacia delante para escuchar; el caballo trotaba lentamente colina arriba, y el señor Briggs sacudía el látigo de un lado a otro para animarle a caminar con paso firme.

—Había un pasillo que atravesaba todo el lugar, de adelante hacia atrás, un terrible desperdicio de espacio, en mi opinión. Es agradable en verano, pero un poco frío en invierno.

—Sí, creo que podría serlo. ¿Cuáles eran las otras habitaciones de la casa?

—A la derecha del vestíbulo estaba la sala de estar, y detrás de ella el dormitorio de las ancianas. Hannah duerme allí desde hace algunos años; en el lado norte estaba el cuarto de servicio y detrás el comedor, aunque me bendeciría si supiera por qué no era una cocina, es decir, si una cocina es donde la gente cocina. Los Keys, desde la época de Jonathan Keys, siempre fueron gente de apellidos ilustres, especialmente Hannah.

—¿Esas eran todas las habitaciones en la parte inferior?

—Casi todas, excepto un cobertizo que usaban como cocina en los viejos tiempos.

—¿No había una pequeña habitación entre la habitación delantera y la trasera en el lado norte? —preguntó Nan, un poco vacilante, mientras Rita le daba una pizca de emoción.

—No lo sé —dijo el señor Briggs.

Jane Peebles tomó la palabra:

—Creo que había una especie de habitación allí. Recuerdo que una vez María dijo que mantenía la puerta del lado norte un poquito abierta en época de moscas, y que eso parecía librar considerablemente a la pequeña habitación de las moscas.

—No me acuerdo —dijo el señor Briggs—, ya que había una puerta en el lado norte, pero no estoy seguro; esos pinos eran muy oscuros y los rosales muy tupidos.

—¡Bueno! —dijo Jane Peebles, decidida—, supongo que no hay nadie en Titusville que sepa más sobre esa casa que yo, a menos que sean los propios Keys; y sé que había una pequeña habitación.

—¡Ahora, Jane! —dijo Widder Luke (Jane se acobardó un poco)—; si había una pequeña habitación allí, ¿dónde estaba la puerta? Me refiero a la parte interior. No he ido al Círculo de Costura Bautista durante cuarenta años por nada, y las Keys lo han hecho una vez al año, en enero; y me atrevo a decir que me he sentado y cosido en esa sala de estar decenas de veces. La única puerta en la sala de estar era la puerta del armario, excepto, por supuesto, la puerta que daba al pasillo; y en cuanto al comedor, como lo llamaban, no había ninguna puerta en ese lado de la habitación, solo una pared en blanco, con esos retratos negros de la familia hechos a tinta, bajo un cristal. Siempre me llamó la atención ese Jonathan Keys, se parecía exactamente a Hannah, tan obstinada y testaruda. Pobre Hannah. A menudo he oído a mi madre decir que Hannah era la chica más bonita de Titusville cuando tenía dieciséis años, aunque siempre fue así de rígida. Tenía dieciséis años justo antes de irse a Salem.

Aquí se abrió una oportunidad y Nan se lanzó.

—Oí algo sobre eso: ¿no conoció a un viejo capitán de barco allí y estuvo a punto de casarse con él?

—No sé hasta qué punto estuvo a punto de casarse con él, sé que nunca vino a Titusville. Ahora me pregunto cómo llegó a escuchar esa vieja historia; parece que han pasado cien años desde que mi madre me la contó.

—¡Aquí estamos! —gritó el señor Briggs, mientras detenía su caballo.

Más allá se abría el pozo negro donde había estado el sótano de la casa de los Keys; las cenizas aún guardaban el misterio de la Pequeña Habitación.

—¡Dios mío! ¡Pero qué triste parece! —exclamó Widder Luke, y luego continuó—: Mi madre dijo que corría el rumor por Titusville de que Hannah había encontrado un pretendiente en Salem. Por supuesto, eso causó un revuelo y la gente quería saber todos los detalles, pero todo lo que pudieron averiguar fue que era un capitán de barco que buscaba a su tercera esposa, después de haber enterrado a las otras dos, y que le

había pedido a Hannah que se casara con él; le dio un montón de cosas paganas que había traído de la India para su primera esposa. No pudieron averiguar mucho más que eso, cuando de repente Hannah regresó a casa, sin previo aviso; trajo consigo un baúl extra, pero tenía un aspecto terriblemente pálido. Sus ojos tenían un aspecto idéntico al de su abuelo; nunca antes se había parecido a ninguno de los Keys. No dejaba entrever que había pasado algo, e iba a todas partes igual, y nadie sabía lo que había traído a casa en ese baúl tan extraño, hasta que un día, cuando toda la familia se había ido a una reunión, Nancy Stack (era la hermana de la madre de Hannah) fue a echar una ojeada al baúl y vio un montón de basura, conchas marinas y telas raras, pero justo cuando iba a levantar la bandeja para ver qué más había, oyó que llegaba la gente, así que la cerró más rápido que un rayo; era un cierre de presión y su delantal se enganchó; no tuvo tiempo de abrirlo, así que simplemente arrancó un trozo del dobladillo para escapar, con la intención de ir a buscar la chatarra en otro momento; Pero Hannah debía de tener la costumbre de ir a ese baúl, y antes de la noche encontró la tela a cuadros atrapada en la tapa. Nancy Stark se fue muy de repente esa tarde y nunca más volvió a poner un pie en la casa. Es curioso cómo todo me viene a la mente. Supongo que es ver que la casa desapareció y saber cómo se llevaron a Hannah anoche.

—Oh, cuéntenos más —dijo Rita, sin aliento—. Conocemos a la señora Grant, su sobrina, y todo es muy interesante.

—Bueno, la gente generalmente se interesa por estas cosas, pero no sé si hay mucho más que contar. El capitán nunca apareció para buscar a su tercera esposa. Nancy Stark murió, y Hannah y María siempre vivieron solas desde que murieron los viejos, y era un lugar bastante solitario, sin duda.

—¿Alguien se atrevió alguna vez a preguntarle a la señorita Hannah sobre el capitán?

—No, supongo que no. La gente de aquí se ocupa de sus propios asuntos.

Después de esta reprimenda se hizo un silencio, pero Nan, que siempre empezaba a aguantar cuando otros la soltaban, dijo:

—Una vez oí que tenían una vajilla preciosa en el armario, que había pertenecido a su abuela.

Nadie hizo ningún comentario al respecto. El señor Briggs había salido y estaba hurgando con un palo en las cenizas.

Nan insistió:

—¿Has visto alguna vez la vajilla?

—Sí —dijo Jane Peebles—, cosas antiguas.

—¿De qué tipo era?

—Oh, sólo el modelo azul Willer.

—Entonces, ¿no tenían otro tipo, blanco con un borde dorado, por ejemplo?

—Bueno, por estas regiones el azul Willer se considera lo suficientemente bueno para la mayoría de la gente.

—Por supuesto, ojalá tuviera uno tan bueno como ese —dijo Rita, cortésmente.

—¿Eres coleccionista de cosas raras? —preguntó Widder Luke, con un tono desafiante.

—No, en absoluto, oh, no; pero me gustaría que pudiéramos averiguar si alguna vez tuvieron un juego con bordes dorados.

—¡Por el amor de Dios! Si realmente quieres saber algo en particular, no me costaría nada preguntarle a María. Me gustaría que ella supiera que no les guardo rencor, aunque tuvimos una pelea por esa mermelada, Hannah y yo, hace diez años. No me importaría demostrar que tengo un interés amistoso por ellas... ahora que están en problemas.

Las ruinas de la vieja casa parecían pequeñas e insignificantes a la luz del sol. Los álamos estaban marchitos por el fuego y el rosal estaba ennegrecido y pisoteado; estaba tan deshumanizado como si nadie hubiera vivido allí durante un siglo.

El señor Briggs regresó al carro y dijo con vivacidad:

—¡Caramba! ¿Adónde irán ahora?

Rita y Nan dudaron; luego Rita dijo:

—¿Crees que a la señorita María le gustaría vernos? Conocimos a su sobrina justo antes de que zarpara hacia Europa. Nos pidió que fuéramos a visitarla y le diéramos algunos mensajes, pero si crees que está demasiado destrozada por el fuego y todo eso...

—Oh, no; le hará bien a María; no tiene sentido llorar por la leche derramada, o por las casas quemadas, y supongo que también podrías ver a Hannah. No puede hablar, según he oído decir, pero está tumbada en la cama que hay junto a la sala de estar y casi todo el mundo entra a verla.

—¡Pero es espantoso! —le susurró Nan a Rita.

La señorita María estaba sentada con gran pompa en la sala de estar de los Fife; su vestido negro, prestado por una vecina, era grande incluso para su regordeta figura, y tenía tendencia a hacerla parecer como si hubiera estado enferma durante mucho tiempo y hubiera adelgazado; su rostro estaba pálido por la reciente excitación y tenía el aire de alguien que estaba esperando. Estaba sentada muy erguida en la mecedora, con sus regordetas manos cruzadas sobre el regazo; había una mirada suplicante en sus ojos; echaba de menos a Hannah.

Los vecinos entraban y salían, y había algo tan pasivo en la mirada de María que hablaban libremente de ella como si no estuviera allí. Había mucha simpatía por ella, pero fue barrida por la marea de curiosidad y detalles: cómo se había incendiado la casa; quién lo había visto primero; cómo Hannah durmió tan profundamente que no pudo ser despertada durante mucho tiempo; cómo sucedió que el pozo estaba tan bajo; cómo se rompió la manija de la bomba; cómo los hombres trataron de salvar algo, pero, ¡qué poco se había logrado! y luego, «qué mal se ve Hannah», y cómo Simeon Bissell vivió diez años después de su ataque, y Hannah era más joven que él, y los Keys eran una familia longeva.

Entraron y salieron de la habitación de Hannah, Lucinda Fife les pedía a todos los recién llegados que «¡entraran y miraran a Hannah!».

Llevadas por su simpatía y curiosidad, Rita y Nan entraron y observaron a la pobre Hannah, rígida e inflexible como antes, acostada en su cama inusual. Ella las miró con su impenetrable mirada gris, y era evidente que el misterio de la Pequeña Habitación nunca sería revelado por ella, incluso si alguien pudiera ser lo suficientemente valiente como para asaltar esa ciudadela de granito.

Hablaron con María. Ella escuchó los mensajes de su sobrina en un suave silencio. Rita tomó su mano pasiva y trató de decirle cuánto la habían acompañado en sus problemas y de explicarle cómo habían llegado en ese momento, pero evidentemente no logró llegar más allá de la superficie de la conciencia de María. Sin embargo, parecía que estaba más atenta a Nan y que le gustaba tenerla cerca. Justo antes de que la dejaran, Rita se aventuró a preguntar si habían salvado algo de su vajilla de porcelana con bordes dorados.

—No, supongo que no —dijo María.

—¿Salvaron el sofá de chintz azul? —preguntó impetuosamente Nan.

—No, no lo creo.

—Tenías un juego de vajilla de porcelana con bordes dorados, ¿no? —dijo Nan.

—¿Y un sofá azul? —añadió Rita.

—No me parece que recuerde mucho —dijo Maria, con una mirada suplicante hacia la habitación donde yacía Hannah. Sería una barbaridad presionarla más en ese momento.

Rita y Nan se fueron, pero no a las Adirondacks, sino a pasar unos días con Jane Peebles, quien accedió gustosa a su petición de alojarse allí durante un tiempo.

—Señorita Peebles, ¿dónde está ese hombre, Hiram, que vivía en los Cayos? —preguntó Rita, mientras Jane las ayudaba a preparar puré de manzana y pan de jengibre para la cena.

—¿Hiram? Supongo que está bastante agotado, con el incendio y el ataque de Hannah. Vino esta mañana, quería un trozo de mi pastel de arándanos; dijo que no parecía gustarle ningún otro alimento. Siempre le daba mucha importancia a mi pastel; no era mejor que el que hacía Hannah, por lo que pude ver, pero siempre prefería quedarse con el trozo de la esquina cuando me traía huevos de la granja.

El secreto de la señorita Jane no era tan difícil de descubrir como lo era el secreto de la Pequeña Habitación.

—Me gustaría hablar con Hiram —dijo Nan.

—Oh, Hiram hablará hasta el día del juicio, una vez que se ponga en marcha, y además dirá cosas bastante inteligentes, para ser un hombre.

—Hiram, ¿no puedes contarnos algo sobre la vieja casa? —preguntó Nan a la mañana siguiente, mientras Hiram se levantaba de la mesa de la cocina donde había estado tomando té con un trozo de la tarta de arándanos de Jane.

—Eso depende —dijo Hiram— de lo que quieras saber. Supongo que puedo decir tanto como cualquiera.

—Lo que realmente queremos saber —dijo Rita, con franqueza— es si había un armario o una pequeña habitación en el lado norte de la casa de los Keys, entre la parte delantera y la trasera.

Hiram se frotó la oreja con cuidado y comenzó con tono juicioso:

—Cuando Jonathan Keys construyó esa casa, allá por 1700, planeó tener...

—¡Jane Peebles! ¡Jane Peebles! Te necesitan de inmediato en la casa de los Fifes, y a

Hiram también; Hannah ha sufrido un ataque y Maria no sirve más que un bebé no nacido. Voy para allá ahora —concluyó la viuda Luke, mientras subía apresuradamente la colina.

Cuando Rita y Nan fueron a despedirse de Maria, unos días después, Maria se aferró a ellas. Había empezado a simpatizar con estas nuevas amigas que se habían tomado la molestia de intentar hacer por ella. Las siguió hasta la puerta y dijo en un susurro:

—Le pregunté a Hannah, justo el día antes de su último ataque, si tenía alguna porcelana con bordes dorados, y ella asintió. Luego le pregunté si teníamos un sofá azul, y asintió de nuevo; pero pensándolo bien, no creo que realmente significara nada, porque sabes que Hannah no podía hacer nada más que asentir después de su primer ataque; no podía sacudir la cabeza; pero pensé que debía decírtelo, has sido tan amable y parecías tan interesada.

Allá en el muro de piedra de Corners, Nan y Rita se sentaron, rieron y lloraron. La tragedia y la comedia les atrajeron, y ni siquiera cuando Nan dijo, mientras caminaban hacia la casa de Jane Peebles, «De todos modos, vi el cuartito», y Rita dijo: «Vi el aparador», sintieron amargura.

—Adiós —les dijo Hiram—; me alegro mucho de que hayan venido, y quiero que le digan a la señorita Grant, cuando le escriban, que Hiram (ella se acordará de mí) se va a casar con Jane Peebles, y que a Maria nunca le faltará un hogar mientras Jane sepa hacer pasteles de arándanos.

—Oh, estamos tan contentas. Nos enviarás un trozo de tarta nupcial, ¿no?.

—No me sorprendería —dijo Hiram.

—¿Nos podrías decir qué era lo que empezaste a contar cuando la señorita Hannah se puso tan mal de repente? Queremos saber si había una habitación o un armario para vajillas allí, en el lado norte.

—Recuerdo que empecé a contarte eso; no era gran cosa, de todos modos, solo que cuando su abuelo Keys construyó la casa, se jactó de que tenía la intención de construir toda la casa con madera que no tuviera un solo nudo. Pasó diez años preparando la madera, y cuando terminó, descubrió que justo en el armario de la habitación delantera habían puesto un trozo de tabla con un gran nudo. Estaba muy enojado, pero aun así lo mantuvo allí... a propósito, según dijo, para mostrarle a la gente que no servía de nada intentar hacer algo perfecto en este mundo.

—Luego había un armario de porcelana...

—Sí, desde luego que había un armario allí.

—¡Oh, Nan! —dijo Rita, mientras los coches se alejaban de donde estaba Hiram—, ni siquiera entonces dijo exactamente qué clase de armario era.

—No; pero podemos escribirle a Jane y pedirle que responda a nuestras preguntas con un sí o un no. Cuando sea la señora de Hiram (me pregunto si alguna vez tuvo apellido) se lo sacará si tan sólo conseguimos interesarla.

—Jane —dijo Hiram esa tarde—, si pudieras arreglártelas para tener un día libre el lunes, no sé, podríamos estar casados tan bien entonces como en cualquier otro momento. Me sentiría más tranquilo si María viniera a vivir con nosotros antes de que piensen que su habitación es mejor que su compañía en casa de los Fife, si Hannah muriera.

—Así es, Hiram. Me apresuraré a arreglar las cosas, y será mejor que pases esta noche y le digas a María que me alegraré mucho de que venga a vivir con nosotros; e Hiram, he estado pensando que si los hombres salvaran ese sofá de chintz azul...

—Espera un minuto, Jane, me gustaría decirte algo. Es algo que me preocupa un poco. Verás, la señorita Hannah, ella siempre ha sido buena conmigo, y no querría decir nada que provoque que la gente hable; pero ella no se ha sentido del todo bien desde hace algunas semanas, y justo el día antes del incendio vino a verme y me dijo que pensaba que ya era hora de que sacara de en medio ese viejo baúl lleno de ropa, el que siempre ha guardado en su armario, y pensó que me pediría que lo quemara. Pensé que sería una pena destruir el baúl (era realmente bueno), así que le dije que sacaría las cosas y las quemaría; eso pareció preocuparla y fue muy brusca conmigo. Dijo que yo no era mejor que el resto de la gente, que estaba fisgoneando para ver qué guardaba allí. La tranquilicé un poco y luego me dijo que la gente la había molestado muchísimo preguntándole por algún viejo chintz azul y por una pequeña habitación. Supuso que si pudiera poner ese baúl fuera de la vista, tal vez la gente se ocuparía de sus propios asuntos y la dejaría tener paz. Entonces, cuando María salió al jardín a buscar algo para la cena, la señorita Hannah me pidió que la ayudara a sacar el baúl de su habitación y lo pusiera en el armario del pasillo; no era un lugar adecuado para guardarlo, pero pensé que era mejor complacerla, ya que estaba de mal humor.

»En mitad de la noche —continuó Hiram, bajando la voz y mirando a su alrededor para ver que nadie subiera por el sendero—, olí humo y pensé de inmediato que el granero debía estar ardiendo, pero no veía ninguna luz. Luego oí una especie de ruido sordo y sospeché de inmediato qué era lo que pasaba. Corrí a la habitación de María y la encontré dando tumbos en la oscuridad (su habitación estaba llena de humo y estaba un poco confusa) y había un resplandor terrible en el pasillo. Encontramos a la señorita Hannah allí afuera, retorciéndose las manos y gritando: «¡Oh, el baúl se quemará, el baúl se quemará!». No pudimos convencerla de que se fuera, y parecía que se quemaría en seco si no la hubiera tomado y sacado. Para entonces, la casa

estaba en llamas y, aunque la gente empezó a llegar, no sirvió de nada.

—¿No creerás que ella prendió fuego a la casa?

—No, no fue su intención. Pero creo es que se sentía sola sin ese baúl, y entonces bajó al armario del vestíbulo. O bien dejó caer la vela o bien las cosas que colgaban en el armario se incendiaron, y no lo vio hasta que fue demasiado tarde, y entonces tenía tanto miedo de que el baúl se quemara que no se iría.

—¿Qué había en el baúl?

Hiram se movió de un pie al otro, luego vaciló un poco y dijo:

—Jane, he estado viniendo a verte durante muchos años, casi desde que éramos jóvenes, y sin embargo nunca habíamos hablado de casarnos hasta hace poco. No son tan lentos en la ciudad, supongo que Hannah esperaba casarse con ese capitán de barco en Salem. De todos modos, lo que fuera que guardaba en ese baúl venía de Salem, y supongo que eran cosas que él le había dado.

—¡No me digas eso, todos estos años!

En París, la señora Grant, con su marido, se sentó a tomar café para el desayuno en su pequeño salón del Hotel St. Romain. La ventana se abría al balcón que daba a la Rue St. Roch. Desde la calle angosta de abajo flotaba el grito de «¿Les moules, les moules?» mezclado con el repiqueteo de los cascos de los caballos sobre el asfalto. El conserje cantaba mientras barría la acera delante de la puerta, y los vendedores de periódicos gritaban, con su entonación quejumbrosa, «¡Le Figaro, Le Figaro! ¡Le P'tit Journal!».

—Entendido —dijo la señora Grant—, anoche tuve un sueño muy curioso. Supongo que debía de estar dormida, pero me pareció estar despierta cuando de pronto vi a la tía Hannah de pie ante mi cama, justo entre los dos postes. Estaba completamente inmóvil y sus ojos estaban fijos en mí con su peculiar expresión de reserva, pero también como si tuviera un intenso deseo de hablar. Estaba a punto de gritar: «¿Tía Hannah, eres tú?» cuando de repente me sentí muy pasiva, como si se estuviera produciendo un cambio. Las cortinas de mi cama se abrieron lentamente y me encontré de nuevo en aquella misteriosa habitación. Me pareció verme a mí misma o a mi madre, no podía decir cuál de las dos, de niña, tumbada en el sofá; era el mismo sofá de cretona azul del que te hablé; todo en la habitación era exactamente como recuerdo haberlo visto cuando era niña, hasta la concha y el libro en el estante.

»No puedo expresar cómo fue que vi a la niña acostada allí; fue como si mi mente fuera obligada por otra mente a ver a la niña y la pequeña habitación y durante todo el tiempo no supe si era mi madre o yo de niña a quien miraba, y podía sentir todo el

tiempo los ojos grises de mi tía Hannah, aunque no podía verla mientras duró la visión de la pequeña habitación.

»Pasaron algunos minutos antes de que la escena comenzara a desvanecerse, y lo hizo muy gradualmente: las rosas y las campanillas azules en el empapelado comenzaron a temblar y volverse indistintas; luego, un objeto tras otro tembló y se desvaneció. Fue exactamente como si algo fuera de mí me obligara a ver estas cosas; y luego, a medida que la presión de esa otra voluntad se fue eliminando, la impresión desapareció gradualmente. La última en desaparecer fue la figura de la niña, pero ella también se desvaneció; las cortinas de la cama parecieron surgir de las paredes de la habitación, y yo estaba acostada en mi cama; pero la tía Hannah seguía de pie entre los postes, con sus ojos fijos en los míos. Entonces tuve la impresión de que no podía hablar, pero que quería transmitirme algún pensamiento; y entonces me vinieron estas palabras, no como si las dijera una voz, sino como si se imprimieran en mi mente o conciencia:

«Margaret, no debes preocuparte más por el Cuartito, no tiene ninguna relación contigo ni con tu madre, y nunca la tuvo: todo me pertenece. Lamento que mi secreto haya preocupado a alguien más; traté de guardármelo para mí, pero a veces se descubría. Nunca más habrá un Cuartito que moleste a alguien.»

—Todo el tiempo que escuchaba estas palabras sentía los ojos de la tía Hannah; y luego comenzó a retroceder, lentamente, y pareció desaparecer a lo largo de una distancia muy, muy larga, hasta que la perdí de vista. Lo último que vi fueron sus ojos grises fijos en mi rostro. Me desperté y me encontré sentada, con la cabeza inclinada hacia delante, mirando directamente entre los postes de la cama.

—Tu tía Hannah parece más aficionada a los viajes que antes. París está más lejos de Titusville que Brooklyn —dijo el señor Grant con ligereza.

—¡Oh, no, Roger, no! Creo que la tía Hannah debe estar muerta.